

**ROBERTO DE LA TORRE HURTADO<sup>1</sup>**

### **CRUZANDO EL RÍO**

Sentado bajo los árboles a la orilla del río, el viejo Silvestre acariciaba su bigote Zapatista, mientras veía caer la tarde esperando la llegada de algún cliente.

Aunque se presentaba como Silvestre García, sus amigos le llamaban “Silver”.

—Me llaman así —decía muy serio—, por las balas de plata de mi pistola. Con ellas me protejo de los vivos. . . y de los muertos.

Silvestre era “patero” desde muy joven. Así les llamaban a los que pasaban indocumentados por el Río Bravo, hacia el lado americano. Era el más conocido de todos.

—Mi padre fue patero —decía con orgullo—, y yo pienso morir haciendo lo mismo. Aquí en la frontera, el que no tiene tarjeta verde, utiliza “la tarjeta silver”. Es más efectiva.

Esa tarde, mientras el sol se ocultaba sobre los árboles, un hombre vestido de negro se presentó ante Silvestre, solicitando sus servicios.

—Quiero que me cruce al otro lado. Le pagaré bien.

El aspecto del solicitante no le gustó a Silver. Pero acostumbrado a todo tipo de clientes, sin contestar introdujo su lancha al río. Con una seña pidió al hombre de negro que subiera. El patero empezó

<sup>1</sup> Escritor, académico, escritor, ensayista e investigador independiente mexicano, radicado en McAllen, Texas. Sus áreas de estudio incluyen la Revolución Mexicana, el corrido y los estudios de la frontera, entre otros. Ha sido catedrático en Universidades de Tamaulipas, México y ha impartido cursos y conferencias en México y Estados Unidos.

a remar. Al llegar a la mitad del río, se escucharon los aullidos de una jauría de coyotes entre los árboles del lado americano. Silvestre, sabiendo que en ese lugar jamás había coyotes; comprendió que algo raro estaba a punto de suceder. Un rezo casi imperceptible apareció en sus labios, mientras hacía sobre su rostro la señal de la cruz.

—Dios te salve María, llena eres de gracia. . .

Cuando rezaba, sintió a sus espaldas una respiración extraña y un fuerte olor a hierba podrida que le aflojaron las piernas. Lentamente giró sobre la cintura y en forma instintiva llevó su mano a la pistola.

Los aullidos de los coyotes seguían y el rezo no paraba.

—El señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. . .

Silvestre casi cayó de la lancha, al ver que el hombre se había transformado en un perro negro de ojos encendidos como brazas, que amenazaba con atacarlo.

Faltaba poco para llegar a la orilla y el rezo entró a una fase de desesperación.

—Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. . .

Con la rapidez de un hombre frente a la muerte, el patero sacó la pistola y empezó a disparar. Con un aullido que enmudeció a los coyotes, el perro negro cayó al río, desapareciendo en la noche.

Sin perder tiempo, Silver giró la lancha y regresó al lado mexicano. Esa misma noche visitó a Doña Licha, que hacía “limpias” y tenía fama de “bruja”.

—Estás en un problema —le dijo la mujer con los ojos muy abiertos—, ese perro negro que mataste, seguramente era un nagual.

—Mira Licha, tú dame algo que me proteja del diablo, para los brujos y aparecidos traigo las balas de plata.

Durante varios días, Silver no se presentó al río. Tenía el presentimiento de que algo grave pasaría. Una noche, recibió la visita de Doña Licha, que muy asustada le dijo:

—El nagual que mataste, era un brujo de Catemaco. Trabajaba con magia negra. ¡Que Dios nos ampare!

—Mira Licha, cuando vi al perro negro, pensé que era el diablo y se me arrugó el cuero, pero si era un nagual, como tú dices, a esos no les tengo miedo.

Pasaron los días y se olvidó del brujo. Realizaba su trabajo como si nunca hubiera visto al perro negro. Pero su pistola con balas de plata nunca la dejaba.

Una noche, en la víspera del día de los muertos, mientras leía el periódico a la luz de su lámpara de petróleo, sintió que alguien lo miraba. Discretamente llevó la mano a la pistola, mientras levantaba la vista. Frente a él, un hombre de baja estatura y rasgos indígenas lo miraba en silencio.

—Que se le ofrece mi amigo —dijo el patero poniéndose de pie—. ¿Quiere cruzar al otro lado?

Moviendo la cabeza afirmativamente, el indígena se dirigió a la lancha. En su hombro llevaba un morral de ixtle, con flores para sus muertos, según le dijo a Silvestre.

Al llegar a la mitad del río, el hombre lanzó las flores al agua, al tiempo que desaparecía ante los ojos de Silver, que no entendía lo que estaba viendo.

De pronto, del interior del morral se escuchó el sonido clásico de las víboras de cascabel, que poco a poco empezaron a salir.

Al ver que con su pistola nada podía hacer, Silvestre tomó la lámpara y la arrojó sobre las víboras, provocando una hoguera que cubrió la lancha.

Mientras el fuego devoraba la pequeña embarcación, el patero llegó nadando al lado americano.

La patrulla fronteriza localizó los restos de la lancha y el cuerpo calcinado de un hombre de baja estatura. Las autoridades mexicanas, sin investigar los hechos, emitieron un informe: “Muere el conocido patero, Silvestre García, al incendiarse la lancha en la que realizaba actividades fuera de la ley”.

Silvestre se refugió en un pueblito del Valle de Texas y nunca volvió a la frontera. Por las noches le gustaba tocar la guitarra, cantando versos que relataban las aventuras de los pateros.

Con el tiempo se olvidó de los naguales, pero su pistola con balas de plata, siempre la tuvo a la mano.

## **ROSAS BLANCAS SOBRE EL MÁRMOL**

El panteón me apasionaba por la magia de la realidad de mi trabajo y el misterio de la muerte. Esa tarde, como de costumbre, lo recorría supervisando los trabajos de construcción del sector jardín. Era un proyecto nuevo y requería de un esfuerzo adicional.

Todo estaba en orden, el avance era el previsto. Los obreros se habían marchado. El frío de diciembre y una lluvia muy fina, le daban al panteón un aspecto de misterio y de nostalgia.

Al recorrer con la vista el sector tradicional, entre los monumentos de mármol, de las tumbas, surgió la imagen de una mujer vestida de negro. Al acercarme pude observar a una joven delgada, alta, de piel muy blanca, ojos verdes y pelo rizado en color ladrillo. Pensando que era mi obligación como gerente del panteón, me presentaba con los visitantes y esa tarde también lo hice. Con una sonrisa me dijo llamarse Teresa. Conversamos por largo rato como si nos hubiéramos conocido desde siempre. Me pasaba algo extraño con ella y no lograba descifrarlo. Al tocar sus manos heladas y al ver la tristeza que reflejaban sus ojos, me sentí transportado a otra época y se pasó el tiempo sin sentirlo. Al final, casi congelados, me extendió su mano y nos despedimos. Sobre el mármol de la tumba quedaba un ramo de rosas blancas.

Una tristeza inexplicable me invadió, cuando la vi alejarse por el andador central buscando la salida. Junto con ella también se iba la tarde y la noche con su manto empezó a cubrir el cielo. Llegaron las estrellas y entre los árboles fue apareciendo la luna. Y yo seguía pensando en Teresa, en lo expresivo de sus ojos y en su perfume, que me alteraba los sentidos. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo cuando su voz fue surgiendo en mis oídos, como si ella estuviera presente.

—En esta tumba descansa mi hermana Carolina. Murió en un atentado terrorista en el aeropuerto de Tel-Aviv. Era aeromoza y al salir del túnel de abordar, fue recibida con ráfagas de ametralladora. El espectáculo de muerte que vivió esa mañana, la dejó suspendida en el tiempo y su espíritu sigue entre nosotros.

Caminando entre las tumbas llegué a mi oficina, mientras la voz de Teresa seguía.

—Estos años han sido muy duros. La muerte y la vida se confunden cuando tus seres queridos se van, porque siguen clavados en tu corazón. Como las espinas en las rosas.

—¡Señor Pérez! ¡Señor Pérez! —Los gritos del velador me regresaron a la realidad—. Le llaman por teléfono.

Al colgar el auricular, seguí pensando en Teresa.

—Vengo cada año a visitar esta tumba, donde siento que está mi vida. Este lugar me tiene atrapada por el dolor que inspira y por los sueños que no conocieron la realidad.

El golpe del viento sobre los cristales me hizo ver el reloj y salí de la oficina.

Mientras recorría el boulevard, rumbo al centro de la ciudad, recordaba las palabras de Teresa.

—Este día se cumplen diez años de la muerte de Carolina y mi familia ofrece una misa en la parroquia de San Judas Tadeo. Un padre jesuita vendrá de Monterrey a dirigir un rosario especial. Dicen que con eso mi hermana podrá descansar en paz.

El claxon de un carro indicando que el semáforo estaba en verde, me sacó de mis recuerdos.

La mañana siguiente, al visitar la tumba de Carolina, encontré de rodillas a una mujer que me aseguró llamarse Teresa. Al ver que no era la Teresa que había conocido el día anterior, le pedí una explicación.

—Carolina era mi única hermana —me dijo muy triste—, murió en Israel hace diez años, ayer le ofrecimos una misa y el padre dijo que por fin podrá descansar en paz.

Un sudor frío cubrió mi frente, cuando mostrándome una vieja foto me dijo:

—Así era mi hermana, ésta foto se la tomaron esa mañana al salir de París.

La fotografía mostraba a una joven con uniforme de aeromoza. La misma que me había impresionado tanto por su apariencia misteriosa y su extraña belleza. Pero esta se llamaba Carolina, según me dijo su hermana y estaba muerta.

—Estoy segura —continuó diciendo— que cada año en esta fecha, mi hermana visita su tumba. He visto las rosas blancas que tanto le gustaban.

Me despedí de aquella mujer que decía llamarse Teresa. Miles de ideas cruzaron por mi mente. ¿Con quién había platicado el día anterior? ¿Con Carolina? ¿Las rosas blancas que dejó sobre el mármol eran la prueba?

Nunca he podido aceptar que platicué con Carolina... jamás aceptaré que hablé con una muerta... cuando la recuerdo, la recuerdo como Teresa... la recuerdo viva, muy joven, con su pelo rizado color ladrillo y sus grandes ojos verdes.

El tiempo ha pasado y los recuerdos siguen. En la tumba ya no hubo rosas blancas. Sólo rosas rojas... que algunas tardes le llevo.